



TIEMPO PASCUAL: UNA LLAMADA AL ENCUENTRO CON CRISTO VIVO

Escrito dominical, el 12 de abril

El Triduo Pascual, que comenzó con la Misa de la Cena del Señor, en el Jueves Santo y culminó en la gran Vigilia Pascual –que, como decía san Agustín, es «la madre de todas las vigiliass»– constituye el corazón del año litúrgico. De esta Vigilia brota la cincuenta pascual en la que nos encontramos, que alcanza su plenitud en Pentecostés, cuando el don del Espíritu Santo impulsa a la Iglesia naciente a evangelizar con «los sentimientos del Corazón de Cristo».

La Cuaresma, la Pascua y Pentecostés forman un único camino espiritual de noventa días. Es un tiempo en el que, habiendo escuchado la llamada a la conversión desde el inicio cuaresmal, somos invitados a vivir como en una auténtica «subida a Jerusalén». Desde el Miércoles de ceniza, la Iglesia nos propone las armas de la oración, el ayuno y la limosna, con el fin de dejarnos transformar y llegar a ser, como dice la Escritura, «santos e irreprochables ante Él por el amor».

En este contexto, el Triduo Pascual ha sido el momento culminante de nuestro caminar con Cristo. Y ahora, en el Tiempo Pascual, como Iglesia que peregrina en Toledo, somos llamados a volver al amor primero, a redescubrir una vida entregada desde nuestra vocación, que siempre se pregunta: «¿Para quién soy yo?». En cada Eucaristía proclamamos el misterio central de nuestra fe: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡ven, Señor Jesús!» Como recuerda papa León XIV, «la Pascua no es solo un recuerdo, sino un encuentro vivo con Cristo que transforma el corazón y envía a la misión». Esta certeza ilumina todo el Tiempo Pascual.

1. El centro: la celebración litúrgica en la comunidad. La liturgia es el corazón de este tiempo. En ella somos invitados a participar del misterio de Cristo muerto y resucitado. El Jueves Santo hemos contemplado los grandes dones que brotan de su Corazón: la Eucaristía, el sacerdocio, el mandamiento del amor fraterno y el gesto humilde del servicio de un Dios que se arrodilla ante el hombre. El Viernes Santo nos ha llevado a conmemorar el misterio de la Pasión y a la adoración de la Cruz, «donde estuvo clavada la salvación del mundo», en una actitud de silencio, contemplación y gratitud.

2. Las procesiones: expresión pública de la fe. Las celebraciones litúrgicas de Semana Santa se han prolongado en las procesiones. En ellas las cofradías de pasión han ofrecido un valioso testimonio en las calles. Estas manifestaciones son auténticas catequesis vivas: a través de la belleza de los pasos y la devoción popular, se anuncia el misterio de Cristo con un lenguaje accesible y profundamente simbólico. Así la Iglesia se hace visible como una «Iglesia en salida», que proclama su fe también en el espacio público.

3. El testimonio de la caridad. El Tiempo Pascual se vive plenamente cuando se traduce en amor concreto hacia los más necesitados. Este año, a través de la limosna penitencial, la Archidiócesis de Toledo ha querido colaborar en una obra social al servicio de los más vulnerables. En esta ocasión, la atención se ha dirigido especialmente a los sacerdotes mayores y enfermos, para ofrecerles un cuidado digno en la Casa Sacerdotal, reconociendo así su entrega generosa al servicio del pueblo de Dios.

En este sentido, también el Tiempo Pascual es una llamada profunda a la conversión y al encuentro con Cristo vivo. Es un tiempo que no puede dejarnos indiferentes, sino que debe transformar nuestra vida y renovar nuestra fe.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España